

15 de Abril de 1907. Año IV. N.º 80.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1, 2.º dra. Apartado en Correos n.º 336.

Calientapiés feudal.—Derechos inverosímiles



La humanidad parece condenada á vivir entre absurdos; á una aberración sucede otra, y apenas extinguido el recuerdo de un error odioso, surge otro nuevo, que, como el anterior, no resiste la más benigna y ligera crítica.

Variarán, quizá, en la forma, guardando relación con el estado de las costumbres correspondientes al momento en que aquéllas se manifiestan, pero al cabo, todas atacan por igual á la razón, á la moral y á la dignidad humana.

No es de esta ocasión el examen de los privilegios y de los errores que ahora se admiten sin protesta, los cuales, en el correr de los tiempos, desaparecerán para dar lugar á otros diferentes; lo que solicita de momento nuestra atención es un *originalísimo y brutal derecho*, que excede en crueldad á cuanto pudiera idear la más refinada imaginación y de lo que no hay ejemplo entre los pueblos más bárbaros y salvajes.

Este derecho lo ejercían en el Franco Condado y en la Alta Alsacia, durante los primeros siglos de la Edad Media, los condes de Montjoie, los señores de Mectes y algunos otros más, y consistía en poder abrir el vientre á uno de sus vasallos durante la caza en invierno, para calentarse los pies en las humeantes entrañas de la pobre víctima así sacrificada.

Con que el frío hubiera entumecido los miembros del viejo señor; y ni eso siquiera, el deseo tan sólo, por parte de éste, de realizar un acto de soberanía y dominio sobre sus pobres siervos; el propósito de interrumpir con nuevo episodio la monotonía ó el cansancio de la caza, un antojo, un capricho de neurastenia, aunque entonces no tuviera nombre este mal, ó la perversión de espíritu que se ha padecido en todo tiempo, eran causa bastante para que allí mismo, sin otras formalidades ni preámbulos, se arrebatara la vida á un leal servidor y se cometiera un crimen que, ante la moral y las costumbres de la época, ni era crimen ni merecía censura, sino que se convertía en acto lícito y natural, ya que no es de suponer que llegara hasta estimarse plausible.

El mismo cuchillo dispuesto para concluir con el jabalí tras del cual se iba, manejado por el propio señor, si así era su gusto, ó bien entregado á cualquier servidor, convertido de pronto en verdugo y carnicero, abría las entrañas de aquel á quien el capricho le había deparado tan inesperado final, y en ellas introducía los pies para calentarlos el altísimo, el noble y caballeroso castellano.

¿Elegíase al viejo, al joven, al casado ó al soltero? Sólo el capricho decidía, y para nada había de someterse á reglas que limitaran su libertad de acción. ¿No era su derecho y la manifestación de su poder? Pues lo ejercía como más le agradaba. ¿A qué ponerse á sí mismo trabas?

Pleiteando en Besançon contra sus siervos uno de los condes que tal derecho tenía, presentó los títulos en que lo fundaba; en ellos constaba que los siervos habían recabado el derecho á la vida; habían redimido ese odioso tributo, ese crimen incalificable, vergüenza de las pasadas edades y sonrojo del género humano, á costa de considerables impuestos en dinero, trigo, avena, cebada, carnes y, en general, los principales productos que el terreno proporcionaba.

Lo sensible es que esta tiranía no se ejercía en virtud de abusivos actos que ninguna ley sancionaba; antes bien, era amparado y marcado por una de la época.

Era inútil toda resistencia, é inútil también toda razón; la del más fuerte se imponía, como siempre, y para realizar su mandato contaba el señor con la ayuda silenciosa, sí, pero firme y eficaz de los desgraciados siervos, los cuales sacrificaban á su propio compañero para librarse de ser ellos los designados. El egoísmo humano se convertía en el más sumiso auxiliar de la tiranía y del abuso.

Nuestro grabado reproduce, con la fidelidad posible, una de esas escenas, increíbles, ciertamente, si no hubiera testimonios fehacientes que las confirmaran.

Resístese la razón á creer tales infamias, y sólo ante documentos históricos que lo testimonian, hay que rendirse á la evidencia, no sin preguntarse admirado cómo habrán podido cometerse y no sin lamentar que hasta tal punto se hubiera degradado el hombre para sufrir pasiva y estúpidamente esas vergüenzas.

G. G. de la G.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

El problema no se despeja, luego Arsenio Lupin es el culpable.

Esta vez la condesa quedó desconcertada. El conde permanecía mudo. El jefe de la Seguridad fué el que tomó la palabra al cabo de unos instantes:

—En todo esto hay coincidencias muy extrañas. Pero aún suponiendo, amigo Gaminard, que sus hipótesis sean verdaderas, el misterio permanece indescifrable. En primer lugar, la dama rubia asesina al barón de Hautois y no le roba el diamante, á pesar de las facilidades que tiene para hacerlo. En segundo lugar, la misma dama lo roba á Mme. de Crozon, después de muchas dificultades y al través de otros muchos obstáculos, se ingenia para colocarlo en un bote de polvos de jabón de un cónsul austriaco. ¿Cómo se explicará usted tal anomalía?

Gaminard responde sencillamente:

—Yo no explico nada, jefe, y por lo mismo que no encuentro ninguna explicación satisfactoria, es por lo que creo encontrarme frente á Lupin.

M. Dudonis reprime un movimiento de impaciencia. El nombre de Arsenio Lupin le exasperaba.

—Entonces—grita—es preciso encontrar y procesar cuanto antes á ese caballerete.

—Es preciso y se hará—murmura Gaminard.

La entrevista había terminado. Acompañados del inspector los señores de Crozon descendieron la escalera y atravesaron el vestíbulo. En el momento de subir al automóvil, la condesa se vuelve al policía y le dice:

—Señor Gaminard, ¿se ofendería usted si solicitase la ayuda de Herlock Sholmes?

—No comprendo—exclama Gaminard muy turbado.

—Todos estos misterios—dice la condesa—quiero que se esclarezcan pronto. Quiero ser clara. He pensado que dirigiéndome al célebre *detective*... tal vez...

—Tiene usted razón, señora—dice el inspector con gran lealtad—; el viejo Ganimard no tiene fuerzas suficientes para luchar contra Arsenio Lupin. Veamos si las tiene Herlock Sholmes, por quien siento gran admiración. Sin embargo, estén ustedes seguros siempre de que mi ayuda no les faltará nunca.

—¿Sabe usted su dirección?

—Sí; calle Parquet, núm. 219.

Aquella tarde misma, los condes de Crozon, después de haber retirado su acusación contra M. Bleichen, escribían á Herlock Sholmes.

El famoso policía Herlock Sholmes abre las hostilidades.

Arsenio Lupin había convocado á un amigo íntimo, quizá el único que tenía y con quien solía expansionarse contándole algunos detalles de sus famosos hechos.

El lugar de la cita era un pequeño restaurant en las inmediaciones de la estación del Norte. Dejemos la palabra á dicho amigo de Lupin.

—¿Qué desean los señores?

—Cualquier cosa—responde Lupin—; los detalles de la comida me interesan poco. Traiga usted lo que quiera, con tal que no sea ni carne ni alcohol.

El mozo se aleja. Arsenio Lupin, radiante de alegría, parecía estar orgulloso de vivir. Yo esperaba me contase alguna anécdota, algún recuerdo, ó que me recitase alguna de sus aventuras ignoradas por mí. Por fin, me dice:

—¿Has leído *El Tiempo* de hoy?

—No.

—Herlock Sholmes ha debido atravesar la Mancha esta noche pasada.

—¡Diablo! ¿Y para qué?

—Un viaje que le ofrecen los condes de Crozon. *El Tiempo* publica también una *interview* del buen Ganimard, de la que se desprende, que cierta dama rubia que debe ser mi amiga, fué la que asesinó al barón de Hautois, y trató de robar á la condesa de Crozon su famosa sortija. También parece entreverse que me acusa de ser yo el instigador de estos hechos.

Un ligero frío me agita. ¿Sería verdad? ¿Debía yo creer que el hábito del robo era su género de existencia, y que los acontecimientos le habían llevado hasta el crimen? Le observo y veo su semblante calmado, sus ojos serenos miraban con lealtad. Examino sus manos: eran de una delicadeza extremada, manos de artista. Me tranquilizo, y murmuro:

—¡Ganimard es un alucinado!

—No lo creas: Ganimard es muy listo. Esa *interview* es un golpe maestro.

Primeramente él anuncia la llegada de su rival el policía inglés, para ponerme en guardia y que el otro encuentre más dificultades. En segundo lugar, Ganimard precisa el punto exacto á donde han llegado sus investigaciones para que Sholmes no obtenga todo el triunfo en el descubrimiento...

Se interrumpe súbitamente, tose con sequedad y se oculta el rostro con la servilleta.

—¿Alguna miga de pan que se te ha atravesado?—le pregunto—¿Quieres un poco de agua?

—No, no es eso—responde con voz afectada...—Tengo necesidad de aire... Pronto... dáme mi gabán y mi sombrero... yo voy...

—Pero... ¿qué te pasa?

—Fíjate en esos dos caballeros que acaban de entrar... ¿ves al más alto?... al salir colócate á mi izquierda para que no me vea.

—¿Ese que se sienta detrás de ti? ¿Pues quién es?

—Herlock Sholmes.

Arsenio hace un violento esfuerzo sobre sí mismo, como si quisiese dominar su agitación, deja la servilleta, bebe un vaso de agua y me dice sonriendo:

—No lo he podido remediar... me he emocionado demasiado... por esa visión inesperada.

—¿Crees que te reconocerán después de las múltiples transformaciones que adoptas? Soy yo, y muchas veces cuando te veo me creo encontrar con un hombre nuevo.

—Sí que me reconocerá—dice Lupin.—Lo mejor es obrar con franqueza... presentarme á él...

Y con sus labios replegados con sonrisa burlona, se levanta, da media vuelta y exclama alegremente acercándose al policía inglés:

—¿Es posible? ¡Qué felicidad; usted por aquí! Permítame le presente á uno de mis amigos...

El inglés queda desconcertado. Piensa echarse sobre Arse-

nio Lupin, pero reflexiona que debía portarse con la misma lealtad que su adversario, además de no poder hacer nada todavía contra él.

Con frialdad, á su vez, hace la presentación de su acompañante:

—El señor Wilson, mi amigo y colaborador. El señor Arsenio Lupin.

El estupor de Wilson provoca la hilaridad.

—Vamos, Wilson, no se espante usted ante los acontecimientos más naturales del mundo—dice Herlock Sholmes. Pero siéntese, señor Lupin. ¿Quiere usted un vaso de whisky? ¿De Porto? ¿No? Su amigo sí que aceptará.

Acepto una copita, y bien pronto los cuatro nos encontrábamos alrededor de una misma mesa hablando con toda tranquilidad.

Un retrato de Herlock Sholmes.

Herlock Sholmes es un hombre... como se encuentran todos los días. De unos cincuenta años de edad; el semblante de uno de esos burgueses que se pasan la vida en un despacho, encargados de la contabilidad; un modesto ciudadano de Londres, de aspecto ordinario. Nada revela en él extraordinario, á no ser sus ojos, terriblemente vivos y penetrantes.

Herlock Sholmes es una especie de fenómeno de intuición, clarividencia, observación é ingenio. La naturaleza ha reunido en él todas las condiciones anheladas por un novelista para uno de sus héroes.

Habiendo llegado la conversación á su verdadero terreno, y preguntado Lupin sobre la duración de su estancia, responde:

—Eso depende de usted, señor Lupin.

—¡Oh!—exclama Arsenio riendo—si de mí depende, yo le ruego que se marche esta misma tarde.

—Esta tarde es demasiado pronto. Pero yo creo que en ocho ó diez días... Me urge acabar, porque he dejado varios asuntos pendientes: el robo del Banco Anglo-Chino, el rapto de lady Egerton... Veamos, señor Lupin, ¿cree usted que me bastará con ese tiempo?

—De sobra, si se refiere al doble asunto del diamante azul. Por más que en ese tiempo ya habré tomado grandes medidas para mi seguridad.

—Es que—dice el inglés—yo creo que aventajaré á usted en esos ocho ó diez días.

—¿Y me prenderá al undécimo?

—El décimo día.

Lupin dice moviendo la cabeza:

—Difícil... Muy difícil ..

—Difícil, sí, pero posible... luego cierto.

—Absolutamente cierto—dice Wilson, como si viese claramente la larga serie de operaciones que conducirían á su colaborador al resultado anunciado.

—Aunque me faltan los indicios sobre que suelo apoyar mis diligencias, y que observo sobre el terreno. Sin embargo, he leído todos los artículos que sobre esos hechos se han publicado, todas las observaciones recogidas, y tengo ya algunas ideas personales.

—Algunas ideas que nos han sido sugeridas, ya por análisis, ya por hipótesis—añade Wilson sentenciosamente.

—¿Sería indiscreto—dice Lupin con el tono deferente que empleaba para hablar á Sholmes—, sería indiscreto si le preguntase la opinión que tiene formada?

Verdaderamente causaba asombro ver á estos dos hombres el uno frente al otro, discutiendo grave y pausadamente, como si tratasen de resolver un problema ó de ponerse de acuerdo sobre un punto de controversia. Herlock carga pausadamente su pipa, la enciende y se expresa de esta manera:

—Desde luego, creo que el asunto es infinitamente menos complejo de lo que se cree.

—Mucho menos, en efecto—dice Wilson, como un eco fiel.

(Continuará.)

Heroico comportamiento de un carabinero.

Apenas había salido á la publicidad nuestro número, en el que decíamos que uno de nuestros propósitos es hacer públicos los frecuentísimos hechos meritorios realizados por individuos del Cuerpo de Carabineros, cuando se nos brinda nueva feliz ocasión de apuntar uno más; y éste brillantísimo.

La barca pescadora *Virgen María* arribaba á nuestras costas huyendo del furioso temporal que en el estrecho de Gibraltar reina ba el 24 del pasado mes. Tres hombres la tripulaban.

Perdida la esperanza de ganar puerto, sólo les quedaba intentar el embarrancar en la arena de la playa, y eso intentó hacer ganando la orilla en Tolmo.

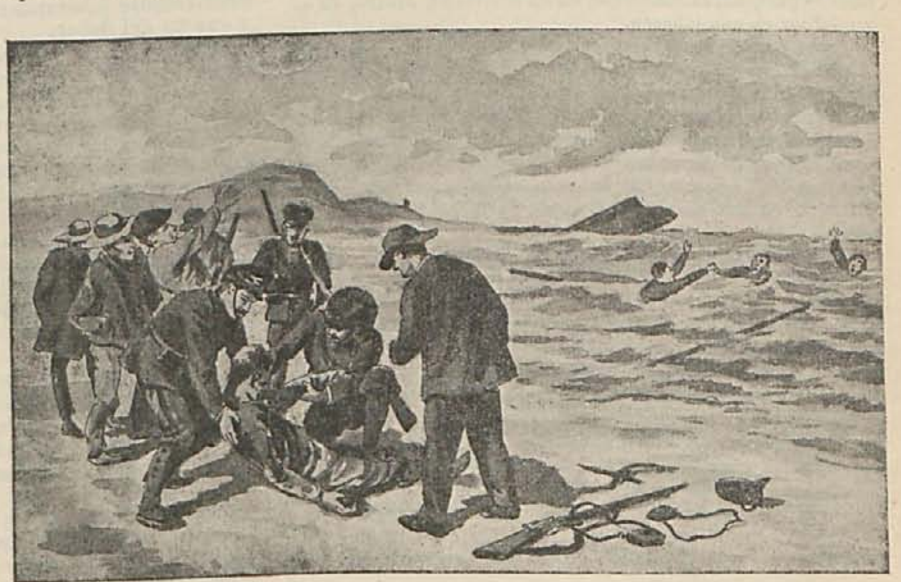
Puesta la proa á la playa, lucha titánica se empeñó entre los valientes pescadores y el soberbio océano que insaciable reclamaba sus vidas.

En aquellas soledades, el duelo entablado, sólo de contadas personas era presenciado.

A punto de llegar á la orilla, cuando ya la quilla parecía cortar la arena que habría de servir á la débil barca de freno protector, un furioso golpe de mar de fondo, tan frecuentes y fatales en aquellas aguas, volcó la barca, y la resaca la alejaba como á sus tripulantes.

Rápido como el pensar, el carabinero Tomás Andrade Rico se lanza al agua, causando asombro tanta osadía y valor tanto. Con vigorosos esfuerzos, tras larga lucha sostenida con el enfurecido mar, salva uno tras otro, á los tres pescadores, que ya abandonados por falta de fuerzas, contaron como perdidas sus vidas.

Ya en tierra, el heroico Andrade completa su obra compartiendo con los náufragos su pobre vivienda, ropas y alimentos, siendo acompañado en tan humanitaria tarea por el cabo Benito Parrón y los demás carabineros del puesto.



Glorifiquemos al heroico soldado y pidamos para él la merecida recompensa, fuera de las mezquindades usuales, pues el mérito es extraordinario.

Fisionomonía.

Las orejas.

Grandes y abiertas demuestran insensatez; pequeñas, locura; largas, pereza; cuadradas, sabiduría.

El cabello.

Negro, prudencia, franqueza; rubio, debe inspirar en muchos casos desconfianza; rojo, maldad; cabellera espesa y fuerte indica valor, audacia, mientras que la blanda y suave demuestra malicia, abandono, debilidad.

El cabello de distinto color que el bigote es un signo de mala condición, y debe desconfiarse de quien así los tenga.

El cuello.

Bien proporcionado demuestra virtud; grueso, grosería é ignorancia; muy grueso, insolencia; delgado, timidez; largo, poca salud; curvado, avaricia.

El pecho.

Regularmente arqueado y ancho, fortaleza, decisión; hundido y estrecho, temor; desprovisto de pelo, prudencia. El pecho irregular indica hipocresía.

El vientre.

Estrecho, prudencia; ancho, procacidad; delgado, melancolía.

Las piernas.

Cortas y gruesas indican crueldad; torcidas, falsedad; carnosas y fuertes, audacia; delgadas y nerviosas, debilidad y timidez; largas y con mucho músculo, grandeza de espíritu.

Quincena criminal.

La libertad con que se predican ciertas ideas y la impunidad de que gozan los que las practican, han producido un nuevo ataque á la Guardia civil. En Tamames, pueblo de la provincia de Salamanca, vióse desobedecida y atropellada una pareja constituída por el cabo Miguel Povedano y guardia Manuel Miguel, al pretender que varios individuos cesaran de escandalizar en una taberna.

Dura lección recibieron los escandalosos, pues volviendo los valientes guardias por el honor de las armas y el prestigio del uniforme, después de ruda lucha, dieron muerte á uno de los revoltosos y causaron graves heridas al otro, á presencia de los demás. ¡Bien por esos bravos!

A la hora de cerrar el número no hemos podido adquirir más detalles del hecho, ni los retratos de los referidos guardias, que, en otro caso, con el mayor gusto hubiéramos publicado.

***

Una nueva muestra de la barbarie de ciertos elementos políticos acaba de darse en Barcelona. La explosión de las bombas, causando numerosas víctimas, indigna de modo tal, que es cosa de preguntarse si hemos de continuar mano sobre mano presenciando impasibles esos ataques á la humanidad ó si es llegada la hora de perseguir como fieras á quienes los cometen, acorralándolos y exterminándolos para que cese de una vez ese azote y esa vergüenza de los tiempos que corremos.

Advertencia.

Dificultades ajenas á nuestra voluntad impiden que en el presente número publiquemos la portada del libro HECHOS NOTABLES DEL CUERPO DE CARABINEROS. Para no demorarlo más tiempo, damos principio hoy, y oportunamente salvaremos esta falta.

Ladrones internacionales.

El jefe de la Policía de Londres, anunció hace días al de la Seguridad parisién, la partida para París de cuatro ladrones internacionales. Los inspectores salieron inmediatamente para Amiens y los siguieron hasta París.

Los cuatro se hospedaron cada uno en un hotel diferente. Se veían todos los días en un café de los alrededores de la Opera. Los agentes, que no los perdían de vista, los vieron frecuentar los grandes establecimientos de crédito, preparando un negocio.

Un joven cobrador del Crédito de Rentas, que debía ir á depositar una suma importante en el Banco de Francia, fué la víctima elegida. En efecto, en el momento en que atravesaba la calle de la Paz, y fingiendo apartarse al paso de un automóvil, los cuatro ladrones dieron un terrible empujón al cobrador, pero les falló el golpe, pues su gran corpulencia y fuerza impidió la caída, no pudiendo apoderarse de la cartera, por este motivo.

De allí se dirigieron á la Bolsa donde robaron 700 francos á un joven comisionado de una casa de banca. Después trataron de sustituir una cartera con papeles, por otra que contenía gran número de letras de cambio y títulos, pero la diferencia de colores hacía caer en la superchería: la una era color marrón y la otra de cuero rojo.

Como la hora de cerrar estos establecimientos se acercaba, los cuatro se dirigieron á su café habitual, en donde entregados á la dulce tarea de repartirse los 700 francos robados, fueron arrestados y conducidos á la Comisaría.

Justicia musulmana.

Cómo se administra.

La organización social y el procedimiento judicial son muy sencillos entre los musulmanes. Hace justicia el cadí, juez único, nombrado por el soberano; su sentencia es única también é inapelable. Del acierto ó desacierto con que ejerce misión tan importante, responde á quien se la confió, y la responsabilidad, además de ser efectiva, es dura é irremisible; la cabeza, el encierro y la confiscación de todos sus bienes son penas que se aplican frecuentemente á los que se olvidan del cumplimiento fiel y exacto del deber.

Las partes comparecen personalmente en virtud de citación que se les envía; nada de abogados, que todo lo embrollan, ni de procuradores, que sólo sirven para aumentar los gastos: los interesados se explican verbalmente, presentan las pruebas que llevan al convencimiento de su razón y se da sentencia en seguida.

El cadí, sentado al aire libre en el patio que precede al palacio del bajá, y los querellantes y sus testigos, acurrucados en torno suyo, explican brevemente la cuestión.

Siempre que sea posible, es decir, cuando se trata de sentencia de fácil cumplimiento, como la aplicación de palos ó azotes, la sentencia se cumple seguidamente de dictada y antes de levantarse la sesión.

Estas sencillísimas formas de procedimiento, presentan, quizá, menos garantías que nuestros complicados procesos; pero tienen la inapreciable ventaja de no perder tiempo, de la ejemplaridad, de la eficacia, de no arruinar á las partes, como sucede en Europa, y, sobre todo, de no crear una numerosa clase que vive de enconar y dificultar la vida.

A pesar de esa forma sumaria, las sentencias son casi siempre justas, pues el sentimiento de equidad está desarrollado entre los árabes, y además, el Corán es sencillo y breve en sus prescripciones penales, sin el complicado artificio de nuestros códigos.

Se recuerda á nuestros abonados que avisen á la Administración los cambios de destino, para evitar extravío de los números.

Por llamarle mono

Loco ofendido

Hacia las diez de la mañana de uno de los pasados días, M. Panchamp disponíase á salir de casa cuando de pronto la puerta de otra habitación del mismo edificio se abrió lentamente. Una voz reposada dijo:

—Señor Panchamp.

Este se volvió, encontrándose frente á frente con uno de sus vecinos, M. Johannes Jouve, quien en calzoncillos y camisa se le aproximó diciéndole:

—Le llamo á usted porque tengo una cosa muy interesante que referirle. ¿Conoce usted á mi ama de gobierno? Pues bien, sepa usted que me robaba.

Hace unos instantes la he reprochado su incorrección y la he hecho entender que iba á despedirla. La miserable me ha gritado y me ha llamado loco. ¡Ya ve usted, llamarme loco! Hemos discutido unos minutos, que me han hecho perder la paciencia, y en mayor extremo al verme tratar de *mono*. Esto me ha desesperado y arrojándome sobre ella, la he estrangulado. Sí, señor, créamelo; la he estrangulado por mal hablada é irrespetuosa.

Con toda calma y finura añadió después:

—Al acabar oí los pasos de usted por el pasillo y he salido á decirle que ya no me robará más ni me insultará tampoco.

Entrándose en la habitación, cerró tranquilamente la puerta, dejando á su interlocutor bastante perplejo.

***

Este último había oído, en efecto, que su vecino daba desde algún tiempo antes signos de enajenación mental, y no supo qué importancia dar á las manifestaciones que acababa de hacerle de modo tan inesperado; pero concluyó, al fin, por atribuirlo á esa locura de que se hablaba, y sin inquietarse más se dedicó á sus quehaceres habituales.

M. Johanes Jouve habitaba desde algunos meses antes en aquel sitio; era poseedor de una regular fortuna, lo que le permitía vivir cómodamente. Una ama de gobierno, la viuda Jaivre, de cuarenta y cinco años, era la encargada de llevar el detalle de la casa.

Recientemente se mostraba inquietada por la actitud de su amo, cuyos caprichos la admiraban; de tal modo le parecía sospechosa, que se decidió, á escribirá un tío de éste, habitante en la Charente, para interesarle en internar á su sobrino en una casa de salud.

M. Thibault, que así se llama, vino inmediatamente á París, interrogó á su sobrino, vivió con él algunos días; después, encontrándole completamente tranquilo, animó como pudo á la temerosa viuda.

Pocas horas después de la conversación antes relatada volvió M. Thibault para adquirir noticias del estado de su sobrino. En el momento de entrar en la casa se encontró con el señor Panchamp, quien le puso al corriente de las declaraciones que se le hicieron.

Inquietado M. Thibault, penetró rápidamente previendo un drama, y subiendo hasta el segundo piso, llamó á su sobrino.

Nadie respondió, trató entonces de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave y cerrojo y resistió: entonces se avisó al comisario.

Presentado bien pronto, encontró sobre un tapiz ensangrentado á Mme. Jaivre, con la cara enrojecida, que no daba ningún signo de vida.

La desgraciada había sido estrangulada, como lo atestiguaban dos marcas azuladas que le rodeaban casi la garganta, y herida en el pecho por dos balas de revólver.

Algunos metros más lejos, Johanes Jouve permanecía extendido, agujereada la frente por dos balas también.

Como no había perdido por completo el conocimiento, quiso el comisario interrogarle, pero no pudo realizarlo. Conducido al hospital, falleció sin pronunciar palabra.

Supónese que Jouve ha matado á su ama de gobierno y después se ha suicidado, en un acceso de locura.

Los ministros de la Guerra, de Justicia, de Hacienda y del Interior, han sometido á la aprobación de las Cámaras francesas el siguiente proyecto de ley:

«Artículo 1.º Se crea un Cuerpo de *Gendarmería móvil*, encargado de asegurar el sostenimiento del orden y la ejecución de las leyes en aquellos puntos que exigen la concentración de fuerzas importantes de Gendarmería.

Cuando no sea empleada en esta misión la *Gendarmería móvil* podrá ser utilizada para otros servicios de policía, de seguridad general y de guardia, determinados por el ministro de la Guerra, previo acuerdo con los otros ministros interesados.

Art. 2.º La organización del Cuerpo de *Gendarmería móvil*, su efectivo, las condiciones de su reclutamiento, los lugares de estacionamiento se fijarán por decreto.

Se procederá á esta organización según las necesidades del servicio y en el límite de sus créditos abiertos á este efecto en el Ministerio de la Guerra.»

***

Dos *valientes* resolvieron hace breves días la violenta discusión en que se hallaban empeñados, recibiendo uno de ellos tan tremenda cuchillada, que fué necesario transportarle al hospital, donde falleció seguidamente. Después de haberle examinado con la mayor atención y escrupulosidad los médicos, han dictaminado que la muerte no era debida á la cuchillada, sino *á la emoción que ésta hubo de producirle*.

He aquí un caso de verdadero refinamiento científico, de pura galantería médica ó de galimatías facultativo. Es evidente que cuando se anda á trastazo limpio, con dificultad se encuentra el ánimo por completo sereno, sino emocionado; y muy emocionado, aun siendo inglés, que gozan fama de impasibles, y esta emoción, de aplicarse el criterio antes mencionado, serviría para justificar todas las barbaridades que el crimen realiza.

Más de un asesino podrá alegar esta excusa diciendo:

—Es un error creer que yo asesiné á mi esposa. Desgraciadamente, era una naturaleza tan delicada, que no ha podido sobrevivir al amargo pensamiento de haberme disgustado y al golpe que este disgusto me obligó á darla.

***

Hace pocos meses, un diputado norteamericano presentó un proyecto de ley tendiendo á despojar de todos los derechos de ciudadanía á cuantos yanquis permanecieran en el extranjero más de dos años consecutivos. Esta proposición iba contra los millonarios de aquel país, que con esas prolongadas ausencias consiguen, ¡quién lo dijera!, eximirse de ciertos tributos, pues propietarios cuya fortuna es colosal, no pagan más que impuestos relativamente insignificantes. Un cálculo hace presumir que son más de dos mil quienes se encuentran en este caso, y que de reintegrar lo que dejaron de pagar, no bajaría de mil millones el ingreso que tendría el Estado.

Al lado de esto, las ocultaciones de nuestros terratenientes quedan tamañito.



El hijo que reclamaba con tantas angustias, apenas contaba ocho días, porque esta pobre madre encarcelada mientras que lo llevaba aún en su seno, había sufrido el tormento casi en el acto de haber parido, como lo atestiguaban sus muñecas magulladas.

Pero bajo el peso de una acusación tan grave como la de haber alentado á su hermana, que acababa de abrazar abiertamente el luteranismo y de pasar á Alemania, ningún rigor era excesivo.

Ni sus lágrimas, ni sus súplicas tan interesantes que hubieran ablandado á una roca, conmovieron al inexorable Arbués. Sólo José ocultaba bajo su impasibilidad exterior una terrible y profunda emoción. Su corazón latía, oprimido por una inmensa piedad. Necesitó toda la fuerza que le habían dado los largos años de disimulo para no prorrumpir en sollozos é imprecaciones.

Arbués, por el contrario, como si el dolor y las lágrimas debiesen ser su entero alimento, queriendo, además, manifestar su celo por la fe católica persiguiendo de muerte al luteranismo, que sabía ser el espantajo de Carlos V, hizo una señal, y al momento los atormentadores cogieron á su víctima.

No necesitaban orden para saber lo que debían practicar, porque era la segunda vez que sufría el tormento.

Dos hombres robustos pusieron en mitad del cuarto un caballete, horrible instrumento de madera, que hecho en forma de canal, bastante ancho para que en él cupiera el cuerpo de un hombre, no tenía otro fondo que un bastón sobre el cual se encorvaba el cuerpo por el efecto de un mecanismo, de suerte que el paciente tenía la cabeza más baja que los pies.

Los atormentadores levantaron á la pobre mujer medio muerta, después le ataron los miembros con cuerdas de cáñamo.

La víctima les dejó obrar sin dar un grito, pero habiéndose acercado á ella el inquisidor para obligarla de nuevo á confesar el crimen de que se la acusaba, la infeliz volvió á protestar de su inocencia, tan alto como le permitían sus fuerzas extinguidas.

—¡Impenitente! ¡impenitente!—exclamó el inquisidor con aire triste y desolado.

A estas palabras dos hombres robustos volvieron violentamente un garrote de madera, que apretando las cuerdas con que la víctima estaba atada, la magullaron tan vivamente, que la sangre saltó hasta sobre sus verdugos.

La infeliz dió un grito de agonía, débil, pero desgarrador, cual si todo su poder de sufrir se hubiese reasumido en este grito.

Los atormentadores se limpiaron fríamente con la manga la sangre de que estaban manchadas sus túnicas.

Pedro Arbués se volvió á aproximar, y en tono cariñoso la dijo:

—Confesad, hermana mía.

La infeliz mujer, que ya no tenía fuerza para hablar, hizo con la cabeza una señal negativa.

En la posición en que la habían colocado, apenas podía respirar.

—¡Impenitente! —repitió el inquisidor.

Entonces los atormentadores pegaron sobre el rostro de la paciente un lienzo muy fino empapado en agua, introduciendo una parte en el fondo de la garganta, y con la otra le taparon las narices; y después fueron derramándole lentamente agua en la boca y en la nariz.

El agua se filtraba gota á gota al través del lienzo empapado, y á medida que se introducía en la garganta y en las fosas nasales, la víctima, cuya respiración se volvía más y más difícil, hacía inauditos esfuerzos para tragar y aspirar un poco de aire; pero á cada uno de estos esfuerzos, que necesariamente imprimían á todo su cuerpo una dolorosa convulsión, los atormentadores daban vuelta al garrote, y la cuerda penetraba hasta los nervios.

José, apoyando el rostro en las manos, en actitud de una profunda meditación, enjugaba con sus dedos amargas lágrimas. Su corazón estaba hinchado, estaba por reventar, y cuando alguna vez levantaba la cabeza, sus mejillas, con el incierto resplandor de las antorchas que iluminaban aquel pandemónium, presentaban la lívida palidez de la muerte.

Casi durante una hora los atormentadores vertieron agua gota á gota, en la garganta de la paciente, y la reanimaban de tiempo en tiempo apretando más fuertemente las cuerdas alrededor de sus miembros.

A cada nueva vuelta del garrote, aquella desgraciada criatura daba un grito más débil y lastimero; un grito de inexplicable agonía, con el cual se exhalaba cada vez una partícula de su alma.

Finalmente, este grito se hizo tan débil, que el médico de la Inquisición, que acostumbraba á asistir á estas lúgubres tragedias, se aproximó á la paciente, tomóla el pulso, y volviéndose al inexorable inquisidor le dijo:

—Monseñor, esta mujer no podrá sufrir más sin morir.

—Que la saquen—dijo Pedro Arbués—, el tormento se suspende hasta nueva orden.

Los atormentadores levantaron luego el lienzo que cubría el rostro de la torturada; pero cuando hubieron desatado uno por uno todos los lazos que rodeaban sus miembros delicados, apercibieron que estos miembros estaban cortados hasta los huesos, tanto habían entrado las cuerdas en las carnes.

José se adelantó entonces sobrecogido de un horror indecible, y después de haber contemplado el rostro de la víctima dijo:

—Monseñor, el tormento está concluído, pues esta mujer ha muerto.

—¿Lo creéis así?—preguntóle el inquisidor.

Al mismo tiempo, habiéndola levantado los atormentadores, y poniéndole el cuerpo en su posición vertical, sobrevínole á esta infeliz un hipo convulsivo, y arroyos de sangre negra se escaparon de su boca; después, sin abrir los ojos, murmuró en voz baja por última vez estas palabras casi ininteligibles:

—¡Mi hijo!...

En fin, expiró; y su hermosa cabeza, pálida y desmelenada, cayó sobre el brazo de uno de sus verdugos.

—¡Dios te tenga misericordia! —murmuró Pedro Arbués.

—Monseñor, ¿y si esta mujer era inocente?—dijo en voz baja José.

—En tal caso está en el cielo —respondió el inquisidor—; ¿por qué, pues, deplorar su muerte?

Dos esbirros se llevaron el cadáver, y compareció una nueva víctima ante su eminencia.

Era una anciana y buena mujer, cuya cabeza había encanecido en el ejercicio de la más sublime caridad. Era María de Borgoña, apellidada «la madre de los pobres»; detenida el día del motín por la declaración comprada de un esclavo, que suponía haberla oído decir:

—Los cristianos no tienen fe ni ley.

María contaba entonces ochenta años, y aunque el Consejo de la Suprema prohibió expresamente aplicar el tormento á personas de mucha edad, la valiente octogenaria ya había sufrido el tormento de la cuerda y el del agua. Parecía que una fuerza divina sostuviera ese cuerpo delicado y débil que pocos días tenía ya de vida.

(Se continuará.)

M. Hamard.

El jefe de la Seguridad de París.

Muchas veces nos hemos ocupado y muchas más habremos de ocuparnos todavía del simpático é inteligente jefe de la Seguridad de París, M. Hamard, cuya intrepidez y perspicacia en tanto contribuyen á los admirables éxitos que obtiene de continuo aquella Policía.

Algunos crímenes hemos relatado que han sido esclarecidos por este funcionario. Justo es que hagamos con él conocimiento directo, y á este fin publicamos su retrato, obtenido con motivo de un atentado de que ha sido víctima en el curso de uno de sus meritísimos servicios.



Penetrado de que nada anima al soldado como la presencia de su jefe, donde hay algún peligro que correr, M. Hamard no ha regateado jamás en todos los lances su intervención personal.

Siendo preciso emprender, ahora, una activa campaña contra la gente maleante, algo movida en París y sus alrededores, hace unos días, dispúsose el jefe de la Seguridad á ejecutar por sí un mandamiento de detención, contra un peligroso bandido llamado Francisco Dallin y apodado *Nariz sucia*, acusado de asesinato.

En compañía de un solo agente acudió M. Hamard al domicilio, penosamente averiguado, del acusado y por tres veces llamó á la puerta. Un gran silencio siguió á los llamamientos legales, por lo cual M. Hamard, de un violento golpe de espaldas y gracias á sus hercúleas fuerzas, hizo saltar la puerta. Iba á penetrar en la casa cuando apareció de pronto Francisco, blandiendo en su mano derecha un puñal que dirigió al corazón del funcionario de la Policía; la alta estatura de éste y su energía y arte hizo desviar el arma, que se deslizó por el brazo izquierdo, no produciéndole más que una ligera herida.

Así se salvó de una muerte cierta quien es la mejor y más activa garantía de la seguridad pública en la gran capital francesa.

La familia delincuente

Cuatreros

Hubo un tiempo en que se llegó á castigar, nada menos que con pena de muerte, á los ladrones que hoy conocemos con el nombre de *cuatreros*, y, la verdad, no se explica rigor tan inusitado contra gentes cuyo delito se reducía al robo de animales, especialmente de caballerías, á no ser que por ese medio de terror se tratara de perseguir á los gitanos, que han sido y son quienes mayor contingente proporcionan á las filas del ejército *cuatrero*.

Tal vez esa misma arbitraria persecución que los gitanos han sufrido en diferentes épocas, privándoles de todo derecho individual, y hasta prohibiéndoles el ejercicio de muchos oficios é industrias, con lo cual se les sitiaba materialmente por hambre y se les colocaba en el dilema de vagar errantes de pueblo en pueblo, viviendo de milagro, ó de robar para no dejarse morir, haya sido la causa de su *afición* al merodeo y de su propensión irresistible al robo de caballerías, que es su especialidad.

Puede asegurarse que el 80 por 100 de los *cuatreros* pertenecen á la raza gitana y el 20 restante son discípulos aprovechados de aquélla, en cuya compañía vivieron y cuyas costumbres bohemias y hábitos de salvaje independencia adquirieron á su lado.

Los *cuatreros* rara vez acuden á la fuerza para cometer los robos, sino que se aprovechan de los descuídos en cortijos, dehesas, casas de labranza y pueblos pequeños para llevarse el ganado caballar, mular y asnal que pueden, y como son maestros en el arte de transformar y desfigurar la capa de esos animales, los ponen de tal manera que, en los primeros momentos, no los conoce nadie.

Se valen también de la astucia, que no les falta, y he oído contar que en una feria se pusieron de acuerdo dos *cuatreros* para robar una caballería. Uno de ellos la montó para probarla, salió á galope tendido y todavía están esperando que vuelva.

Generalmente, tienen *corresponsales* en las grandes poblaciones y á ellos envían el ganado robado, si merece la pena, y de lo contrario procuran darle salida en cambios ó ventas, engañando siempre al cambiante ó comprador, pues es fama que el día que el gitano se acuesta sin haber engañado á nadie, le es imposible conciliar el sueño.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.